

---

VÍCTOR FLORES OLEA

# CULTURA, TRADICIÓN Y MODERNIDAD

Ante el reto  
globalizador al que  
nos enfrentan las  
nuevas tecnologías  
y la necesidad de  
mercados cada vez  
más amplios, Víctor  
Flores Olea  
reflexiona acerca  
del papel de la  
cultura y las  
tradiciones en este  
nuevo orden  
mundial:

“Abandonar el  
aislamiento no  
significa perder el  
cuidado de la  
identidad sino  
acceder al diálogo”



VÍCTOR FLORES OLEA.  
DIPLOMÁTICO, ESCRITOR Y  
FOTÓGRAFO. HA PUBLICADO  
RECIENTEMENTE EL LIBRO DE  
CUENTOS *EL REGISTRO DE LOS  
SUEÑOS* (DIANA) Y EL DE  
FOTOGRAFÍAS *HUELLAS DEL SOL*  
(CONACULTA/ GRIJALBO). EL  
TEXTO QUE PUBLICAMOS FUE  
LEÍDO EN EL COLOQUIO DE  
INVIERNO.

El mundo actual ofrece un panorama incierto. Conviven el ánimo y el miedo frente a una realidad plural, caracterizada por la imposibilidad de emitir pronósticos doctrinarios para el futuro. Hemos visto desvanecerse en el aire fantasmas que hace diez años eran realidades sólidas y horizontes irrebables. Las herramientas que salvarían al hombre: la ciencia, la tecnología, el progreso en general, están enmohecidas y oxidadas después de servir, no pocas veces, a intereses funestos. Nuestro siglo no sólo fue incapaz de superar el imperio de la violencia, sino que hizo de la guerra un sofisticado despliegue de la aberración. A veces queda, del siglo xx, la imagen de una maquinaria fabulosa destinada a autodestruirse en un "espectáculo suprametálico y architronante", según la expresión de Apollinaire.

A pesar del saldo de humo y de las injusticias irreparables, frente al temor de que se perpetúen los abusos y los crímenes atisbamos nuevas posibilidades de hallarle sentido a los intentos de civilización. En el reciente mundo multipolar hay naciones que viven ya con la sensación de que, en efecto, asistimos al final de la historia. No es éste, ni mucho menos, el caso de Latinoamérica que, si bien nunca antes tuvo acceso real a la concertación internacional de intereses, está actualmente en la posibilidad, y en la obligación, de ofrecer una nueva y amplia gama de perspectivas vitales que no se definen con el nombre del interés sino de la cultura.

Encontramos en la cultura dos significados inseparables: es al mismo tiempo la formación del hombre y el producto de los hombres, como individuos y como sociedades. Es, en síntesis, todo aquello que se cultiva en el terreno de nuestra segunda naturaleza, lo que es específica y esencialmente humano. Durante largos siglos, desde la Grecia clásica hasta fines del Medioevo, la cultura tuvo un carácter aristocrático y contemplativo. El Renacimiento, en su tentativa por encontrar el significado genuino del ideal clásico, quiso llevarlo de nuevo a su carácter naturalista y concibió la cultura como la formación del hombre en su mundo. La modernidad, que todo lo altera para mantenerse viva, materializó la concepción, vinculándola a la vida cotidiana y a su proceso de secularización; en ello

se finca la actual idea de civilización. Hoy, ninguna sociedad ni pueblo puede negarse a la cultura, en tanto sentido de la vida comunitaria e individual que involucra todos los aspectos del mundo moderno.

En términos políticos, la modernidad que venía fraguándose social y económicamente encuentra su fundamento hasta la segunda mitad del siglo xviii, con la Declaración de los Derechos Universales en la Carta Magna de la única nación que nació moderna, los Estados Unidos y, sobre todo, con la gran divisa de la Revolución francesa: "Igualdad, Libertad, Fraternidad". Al parecer, la historia se ha encargado de relegar la fraternidad al terreno de las bondades humanas, al terreno de lo privado, ante la imposibilidad de erigirla como un principio de derecho, susceptible de ser convertido en obligación ciudadana. Sin embargo, los otros dos valores han definido la gran discusión política que llega, sin resolverse, hasta nosotros. Según lo muestran los sorprendentes acontecimientos del último lustro, la libertad se establece como valor *sine qua non* de cualquier Estado. Pero queda aún pendiente el establecimiento del otro gran valor que la modernidad hereda de la Revolución francesa. Podrá ya no llamarse "igualdad", concepto huido y lleno de equívocos, pero es lamentable la situación de lo que hoy denominamos "justicia social" o, sencillamente, justicia. No es suficiente que se establezca un nuevo orden multilateral, ni eliminar la idea de que un Estado está autorizado a regir la conciencia de los individuos. Han muerto determinadas organizaciones estatales, pero los valores que postularon las revoluciones sociales son ahora demandas universales que requieren atención urgente, a sabiendas de que no existe forma posible de eludirlas ni existe el recurso de la inocencia.

Es largo el derrotero teórico que degeneró en esa imposibilidad de conciliar políticamente a la libertad con la justicia, verdadero dilema vivo, tal vez el más profundo de la época presente. Seguimos aún inmersos en una dicotomía que no ha podido resolverse, y mucho daño ha resultado de las elaboraciones teóricas que convierten asuntos de urgente resolución en simples planteamientos ideológicos o en utopías disfuncionales, aquellos sistemas imprescindibles para la

imaginación, de uno y otro lado, pero criminales en la praxis. Tienen cierta razón los desencantados voceros del fin de las utopías.

La modernidad es un territorio irrenunciable, incluso a pesar de que se predice su fin. Es alarmante, al mismo tiempo, la capacidad de la historia para ennegrecer sus más delicadas y generosas utopías. Además de los casos sabidos, podríamos hacer un paralelo con el sueño de uno de los más cabales pensadores de la modernidad. Goethe propone, en Fausto, una dicotomía en la que Mefisto representa la usura, el ansia inmediata e inmoderada de poder, el imperio de la racionalidad irreflexiva: el crimen, mientras que Fausto es el pensador, el planificador del mejor de los desarrollos posibles y justos, aquél que puede "reunir los recursos materiales, técnicos —Goethe amaba la ingeniería y soñaba con un canal en Panamá— y espirituales, y transformarlos en nuevas estructuras de la vida social".<sup>1</sup> La cara oculta de la historia terminó, en efecto, por crear un individuo encarnado en el más puro fausticismo: Albert Speer, el arquitecto del hitlerismo. La modernidad aún no ha aprendido a distinguir entre la superación, uno de sus fantasmas más constantes, y el espectro recurrente de la destrucción.

La modernidad fomenta la influencia de unas culturas sobre otras, provee de medios para que una cultura exporte sus valores a otras, propicia los mestizajes; su capacidad para permear de ideas o ideologías, imágenes, sonidos, estilos, modas, etc., es clara en uno de sus principios originarios: la noción puramente racional y ahistórica de la universalidad apremia a exportar, cuando no a imponer, los beneficios y logros de determinada sociedad. No pocas veces hemos visto que una nación poderosa intenta imponer sus propios criterios, respaldados por la demostración lógica de sus virtudes universales (incluso por la fuerza), sobre las naciones que no han llegado a la etapa moderna, civil y secular. Es un abuso del que no se ha podido desprender la historia en casi cinco siglos.

1. Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, p. 66.



Es evidente que, ante el externo empuje subversor del orden tradicional, cualquier sociedad se refugia precisamente en aquello que le ha dado sentido y la ha mantenido viva. La tradición aporta imágenes de identidad que se agudizan ante una posible amenaza, ante el bombardeo ideológico del exterior, del otro, del desconocido y ajeno. Es cierto que no sobrevive una sociedad tradicional cuando se le incrusta el germen de la modernidad, porque no hay vuelta atrás una vez que surge la conciencia de la individualidad. Pero esto no disminuye la imperiosa necesidad de defender aquello que distingue a una comunidad de otra, aun cuando algunas veces la pasión de las tradiciones degenera en terror al cambio y al inevitable paso del tiempo.

El dilema de la modernidad no está resuelto y gran parte de los conflictos ideológicos se refieren a la lectura que las sociedades hacen de las ideas que heredan de la misma modernidad. En este sentido Latinoamérica ha sido, a la vez, terreno privilegiado de las ideas y campo de entrenamiento de las naciones exportadoras de modernidad. Sin embargo, la perspectiva actual exige una actitud dis-

tinta de la posición defensiva que Latinoamérica adoptó en los tiempos en que el mundo era el tablero donde los gigantes median sus fuerzas y pugnaban por imponer sus conveniencias vestidas de bondades. Las actitudes defensivas tenían sentido cuando existía, real o imaginariamente, un agresor reconocible, dotado de una voluntad. Pero hoy resulta absurdo defenderse del curso inexorable del tiempo. Abandonar el aislamiento no significa perder el cuidado de la identidad, ni mucho menos iniciar el ataque sino acceder al diálogo. Ninguna cultura florece en la soledad y en el aislamiento, en el silencio; al contrario, cortadas de la vida de la comunicación y el intercambio las culturas se empobrecen y extinguen. El pasado no es renunciable; y por más asimetrías que se hayan originado, la única posibilidad de nuestras sociedades es la de reconocer que vivimos en un mundo que no se inicia con nosotros, pero que ha de incluirnos como interlocutores históricos. Para ello es fundamental emitir una voz audible y comprensible en el diálogo, una cultura viva y válida por la riqueza de sus diferencias y sus particularidades, precisamente aquellas que se nutren en el re-

conocimiento y en la recreación de las tradiciones.

Así como encontramos el germen de lo moderno antes de la Revolución francesa, en Descartes y en el desarrollo de la burguesía, la modernidad cristaliza en un enorme sistema de instituciones, hechos establecidos, dogmas acreditados, costumbres, reglas heredadas desde tiempos premodernos. En la historia no queda más que repetir o reparar. Las sociedades tradicionales viven de la repetición, pero esto es ya impensable en una sociedad tocada por la modernidad y sus vertiginosos cambios; si algo ha de mantenerse aquí, será gracias a un constante esfuerzo de recreación, no sólo de repetición. Es claro que existe una profunda diferencia entre las sociedades premodernas y modernas respecto a la concepción de las tradiciones. Para las primeras, no existe distinción entre tradición y modo de vida, entre memoria y conducta, mientras que, para las segundas, la tradición es un ejercicio volitivo, un trabajo y una obra que requiere de atentos traductores e intérpretes creativos. La tradición, por lo demás, encuentra en la modernidad medios para expresar su idio-

sincrasia, vías para perpetuarse y sobrevivir, y para ello ha de ser reinventada, traducida, instaurada de nuevo en cada generación.

Las grandes obras, sin embargo, son aquellas capaces de sobrevivir a sus peores intérpretes. Podría decirse lo mismo respecto a las tradiciones. Pero existen peligros: la manipulación perversa de una tradición puede desembocar no sólo en una mala obra sino en verdaderos crímenes. Es alarmante la facilidad con la que el redescubrimiento de la propia idiosincrasia se convierte en arma agresora. La noción de "identidad cultural" ha servido en ocasiones para justificar la censura, y el exacerbado sentido de la identidad y la tradición corre el riesgo de transformarse en odio al otro y respecto a cualquier voz distinta, disidente. De ahí a la regresión, para el poder, sólo hay un sencillo paso. No debe olvidarse que los horrores del totalitarismo suelen aparecer ornados con las ropas de la vuelta a la tradición, resucitando los demonios del pasado. De ahí el carisma de los dictadores y los líderes intolerantes que prometen el regreso a los orígenes puros e intactos de una sociedad. El nazismo, las segregaciones raciales e incluso las promesas de paraísos terrenales, se fundan casi siempre en la propaganda de una superioridad conferida por determinada tradición purísima, alejada de la contaminación secular y democratizante de la modernidad. Pero ocurre que, una vez que se ha sido moderno, no es posible dejar de serlo. No pueden ya olvidarse sus exigencias elementales, irrenunciables: tolerancia, libertad, reconocimiento de la pluralidad, necesidad de justicia. Hoy, en estos principios se concentra lo que reconocemos como humano, como imprescindible, como racional.

La percepción que tiene de sí mismo el individuo moderno nos distingue del pasado. Ciertamente ha sido un largo peregrinar que desemboca en la actual conciencia de lo que es racional y libre. Con Descartes y Kant se consolida una nueva idea del individuo y una nueva visión de la libertad. Por lo demás, ya no es posible aceptar como conocimiento objetivo, es decir, científico, algo que no sea demostrable con base en la razón. Han desaparecido los dogmas como recurso intelectual y la razón ha quedado liberada a sus propios alcances y responsabi-

lidades, lo cual acarrea consecuencias en todos los ámbitos: la ciencia, la filosofía, la política y hasta la vida cotidiana. El mismo Kant sabía que la historia contaba con un nuevo sujeto al que llamó "ilustrado", con un optimismo que la misma historia se encargó de refutar, un individuo obligado a responsabilizarse no sólo moral sino políticamente de sus actos, de sus decisiones. Aquí nace una nueva y más amplia idea de la libertad, pero también es verdad que surge una nueva forma de la culpabilidad. La modernidad ya no permite que la ingenuidad disculpe ni a los gobiernos ni a los gobernados; el horizonte de la verdadera sociedad civil se ha convertido en el terreno fértil, y único, de la expresión política.

Ya no es posible normar coercitivamente la vida privada, pero la esfera de lo público sólo ha de asumir decisiones que tengan un sustento universal y racional. La cultura no puede prescindir de ninguna de las dos esferas de la sociedad moderna: la espontaneidad del individuo y la forma de las sociedades. Ambos elementos están detrás de cada inspiración creadora. En todo caso, ha de subrayarse la necesidad de enriquecer la cultura con valores estéticos, de percepción, intuitivos; de otra manera, terminará por generarse precisamente la abyecta premonición de los fatalistas: un mundo mecánico y tedioso, sin errores ni espíritu.

La memoria colectiva que nos circunda ya no es ni estatista ni iconoclasta. Desafortunadamente, a veces tiende al desencanto. Si no subsistieran varias de nuestras herencias premodernas, la pura y moderna civilización, abstracta y universal terminaría desconociendo, en su orden racional, a las pasiones y sería incluso capaz de desechar la moral, esa antigualla llena de tribulaciones, según Nietzsche, para sustituirla por el puro funcionamiento de las reglas del derecho. La tradición, más allá de lo que buscan algunos falsos posmodernos, tiene la enorme virtud de convertir nuestra herencia en algo más que meros recursos, bancos de datos, imágenes, sonidos, referencias; es el manto freático de la cultura.

Las utopías, se dice hasta el cansancio, se han agotado. Hay lugar ahora para las distopías, basadas en pavorosas imágenes de ficción científica. El control

genético parece el gran recurso de la imaginación sobre un futuro que se presenta más como una amenaza que como una esperanza. Sin embargo, este miedo aún expresa el más antiguo y tradicional apego del ser humano a las fuentes primarias de la vida. Las distopías son negros augures o funestas advertencias en un mundo que se propone ser pragmático hasta el nihilismo. Hay voces que se proponen demostrar que la sorpresa, el entusiasmo y las propuestas artísticas, al igual que la política, son en realidad materia barata para un ingenuo vulgo reflexivo. Algunos intelectuales quisieran sólo asumir la incredulidad y el desencanto. Pensemos, por ejemplo, en lo que significaba el bolivarismo antes, digamos, de 1960: una unidad espiritual y cultural de las Américas, y lo que dice hoy a un joven universitario: en el mejor de los casos una unidad económica y financiera. Sería fácil descartar esta segunda versión por empobrecedora. Pero debe tomarse en cuenta que, a su modo, guarda el signo de los tiempos, de estos días que han visto morir, obesas y deformes, las utopías que otrora fueran sueños dorados, después de haberlas visto establecerse y hundirse, entre crueldades y abusos. Podríamos acusar a las nuevas generaciones por su pobre imaginación política y social. Pero tal vez sucede que, simplemente, no quieren convertirse en feligreses estafados, como todos aquellos que, en este siglo, han deseado llevar la utopía al poder.

El fin de la guerra fría ha extendido una actitud de posguerra antes desconocida. Todas las guerras anteriores dejaron su estela de sangre, muerte y horror, pero sus posguerras, dentro de la tragedia, alimentaron un coraje y hasta un rencor que se convertía en fuerza de reconstrucción. La guerra fría aniquiló la esperanza: su posguerra ha generado muchas veces una actitud de derrota, visible no en la ciudad, sino en las ruinas del espíritu. Buscamos afanosamente nuevas formas de ser sombríos, de renunciar.

Pero algo nos dice que esta actitud sólo es una moda pasajera, basada, por supuesto, en verdaderas angustias y problemas reales. Es cierto que muchas de las herramientas de interpretación de la modernidad han mostrado ya su decadencia. La mayor parte de los "ismos"





pertenecen a la historia y no a la actividad intelectual efectiva. Sin embargo, nunca se escribió tanto ni hubo tantas manifestaciones artísticas acerca del estado cultural del mundo moderno. Es urgente encontrar renovadas perspectivas teóricas, emotivas y espirituales para penetrar con mejor fortuna en el medio que nos toca vivir. El proceso de secularización de las instituciones modernas no habrá de detenerse. Pero los recursos imaginativos deberán surgir, como ha ocurrido cada vez que es necesario representar o reparar una visión del mundo, del enorme acervo de la tradición. Crear del pasado y de lo nuevo, que son dos términos irrenunciables, irremplazables. Estamos frente a la disyuntiva de recrear nuestra memoria y generar una cultura viva, o aceptar la ruina de los tiempos, el solipsismo.

Se ha dicho, incluso en el seno de las Naciones Unidas, que la pasada fue "una década perdida para el desarrollo" en América Latina. En términos monetarios, o estrictamente económicos, puede ser cierto. Sin embargo, los años ochenta fueron también el periodo en que Latinoamérica accede a su estado moderno de madurez política: cuando la pluralidad ya no significa distancia sino diálogo, cuando la democracia se asienta y extiende por el subcontinente, cuando se desvanece la denominación de "tercer mundo" y surge la evidencia de que habitamos todos un sólo mundo y que más vale dejar atrás la falta de colaboración, las intervenciones, los paternalismos y los antagonismos por motivos de interés. El proceso continental de maduración en los últimos diez años ha sido difícil y ha debido pasar por experiencias no exentas de violencia, y por encima de la actitud escéptica de muchos latinoamericanos que juzgaban pueriles los esfuerzos reales de concertación y negociación. Hubo, bien se sabe, tropiezos y descalabros; pero sin aquellos intentos no hubieran sido posibles, o siquiera imaginables, algunos logros políticos y sociales de enorme magnitud. Pienso en la Conferencia Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno, y en la reciente firma de la paz entre la guerrilla y el gobierno de El Salvador. Es evidente que nuestros conflictos, frente a acontecimientos de este calibre, ya no residen en nuestra incapacidad política como continente, ni en



nuestra imposibilidad de comunicación, que supone, además del lenguaje, un sustituto de identidad cultural único en el mundo, generada a lo largo de penosos siglos, experiencias y riquísimos acervos míticos e imaginarios. En medio de las dificultades económicas, hemos alcanzado paradójicamente el estado adulto, lo cual significa penurias y dolores pero igualmente el gobierno responsable de nuestro destino.

Vivimos un mundo en el que corren parejas la resurrección de las identidades locales, algunas llenas de intransigencia y resentimiento, y el reto globalizador a que nos enfrentan la tecnología y la necesidad de los mercados. Ante el peligro de las actitudes de exacerbado regionalismo, los latinoamericanos contamos con varios siglos de expresión y visiones del mundo que, aun cuando plurales, suceden dentro de una cultura compartida,

la misma que ha hecho posible los recientes acontecimientos políticos alentadores. Latinoamérica tiene frente a sí una historia de enorme pluralismo y vastos territorios de una memoria aún intacta. Es fácil advertir que, en la línea de Occidente que orienta al conjunto, moderna y civil, pocos lugares hay en la Tierra tan ricos en posibilidades imaginativas como nuestros territorios y sus historias recientes y remotas. Hace casi 500 años, América tuvo que aprender modos de vida radicalmente distintos, traídos de un "viejo mundo" que apenas comenzaba a innovarse a sí mismo. Hoy no debe ser imposible fomentar los espacios imaginarios, buscar ideas originales, reconstruirlas con aquel enorme acervo del pasado, junto al legado completo de la modernidad. La memoria misma es un territorio cambiante: amanece distinta cada día, poblada por distintos milagros, hijos de diversas pasiones y necesidades; no obstante, si perdiéramos la memoria derrocharíamos la dimensión que otorga profundidad y sustancia a nuestra cultura. A fin de cuentas, tal vez sea ésta nuestra única forma sensata y sincera de acceder al mundo del próximo siglo y responder sin rezagarnos a la exigencia de la globalización. De lo contrario caeríamos fácilmente, para satisfacer nuestras necesidades elementales y como habitantes de segunda clase, en el mundo que únicamente propone la tecnología. Durante los años cincuenta, sesenta y setenta, perseguimos con denuedo la idea de que el desarrollo y el progreso serían la omnimoda posibilidad del futuro. Y, en efecto, hubo un crecimiento real, pero también una falsa riqueza que nunca satisfizo nuestras expectativas. Y lo peor: el esquema desarrollista negaba otras alternativas y cerraba posibilidades. Olvidamos que no podemos reducir nuestro espacio a una convivencia puramente material, que somos un grupo de naciones, un "cuerpo moral de gente",<sup>2</sup> como define Antonio de Nebrija al conjunto de hablantes de una misma lengua, un vastísimo ser ético y cualitativo. Gracias a esta nación, ahora es posible pensar en una unión eficaz, incluso económica y financiera, de amplias zonas de Latinoamérica. Únicamente arraigando la cul-

2. Antonio Nebrija *Gramática de la lengua castellana* (1492), p. 97.





tura en nuestra vida cotidiana estaremos en posibilidad de confirmar lo que Ralph Dahrendorf denominó derechos sociales de la ciudadanía, es decir, no sólo la democracia política sino la necesidad ética de que el conjunto social tenga medios de acceso a la riqueza.

Hoy es necesario darle vuelta a la modernidad y convertirla en un recurso, no en el objetivo único de la vida. No se trata de proponer una sociedad informada y ascética, sino una creativa armonización entre la memoria y las perspectivas de un mundo que, más que nunca, requiere de nuevas fuentes para abreviar el sentido y la esperanza. Es preciso reformular nuestra visión; expresarla no necesariamente como cambio o progreso, sino como asombro: aprender a ver de nuevo al mundo, a leer nuestras circunstancias, poblar nuestras ciudades con la profundidad que da el sabernos precedidos y acompañados por la herencia espiritual y artística que hay en Latinoamérica. "Acaso el respeto a los muertos y a los vivos —y a la vida misma— sean inseparables",<sup>3</sup> ha dicho Kolakowski. No podemos sucumbir al riesgo del inhumano rezago histórico, o al vértigo nihilista del progreso acrítico, o al rencor malsano de las regresiones. Es cierto que no estamos en posibilidad de ser el principal escaparate de la oferta en el mercado internacional, pero no por tales metas provisionales olvidemos nuestra verdadera riqueza y nuestra más viable aportación a un mundo que tiende al abandono de las ilusiones. Sin menoscabo de la diversidad, los latinoamericanos compartimos un origen común: el choque de las culturas tradicionales con una modernidad no surgida de estas tierras, pero actualmente tan arraigada entre nosotros que tampoco podemos renunciar a ella sin perder la propia identidad.


Contamos, además, con una ventaja histórica: hemos aprendido a entender el mestizaje como un valor fundamental de la dinámica de los pueblos y como el factor primero del intercambio que es la cultura. Las migraciones históricas son el elemento que ha permitido generar formas eclécticas y autóctonas, emparentadas y distintas, en la multiplicación de las culturas. Desafortunadamente, a pesar de

3. Leszek Kolakowski. *La modernidad siempre a prueba*, p. 22.



---

**Hoy, ninguna  
sociedad ni pueblo  
puede negarse a la  
cultura, en tanto  
sentido de la vida  
comunitaria e  
individual que  
involucra todos los  
aspectos del mundo  
moderno**



que los latinoamericanos hemos asumido el mestizaje como forma de vida, no en todas partes ocurre igual. El mundo y su futuro están marcados por nuevas y poderosas formas de migración, de las naciones pobres del sur al norte y del este al occidente. Migraciones de pueblos enteros prefieren vivir en condiciones deplorables que morir de hambre o bajo la metralla de la guerra; llegan entonces a grandes urbes o zonas de prosperidad buscando medios elementales de subsistencia, generando "ghettos" y zonas marginadas ante el rechazo local del mestizaje. Con alarma, vemos surgir conflictos inasibles para nuestras viejas metodologías. Es difícil hablar ahora de "los desposeídos de la tierra" o de la "emancipación del nativo", como hace veinte años; más bien se yergue ante nosotros el fenómeno del desarraigado, el paria de la modernidad, y el de su "enemigo natural", el hombre medio condicionado y el falso tradicionalista que sienten invadidos los territorios de su pureza, eventualmente alentados por el demagogo de la salvación que propone el exterminio. Al desprecio cultural, histórico o económico se suman las diferencias raciales. No

olvidemos la lección de Hannah Arendt: su gran historia del totalitarismo empieza con la historia del paria.

Surgen dos violencias que se cruzan: la de quien tiene la necesidad de ser reconocido y la de quien defiende por la fuerza identidades inmóviles. Uno aspira a insertarse en la sociedad civil, el otro procura impedir el cambio. No se trata, naturalmente, de una lucha de clases como la ha entendido el marxismo. El fenómeno es económico, pero también se refiere a necesidades psicológicas e impulsos vitales. ¿Las instituciones sociales tienen la capacidad de convertir tales ímpetus en fuerza creativa? ¿La cultura puede hacer del conglomerado contradictorio y violento una sociedad verdaderamente civil, civilizada? Debe admitirse que las minorías, amenazadas y amenazadoras, reaccionarán difícilmente ante programas abstractos e institucionales que no incidan en sus demandas primarias. La necesidad humana de identificación y reconocimiento, de participación en una cultura viva es mucho más fuerte de lo que suele creerse. En todo caso sabemos que, en el corazón del devenir, la única posible salida de los círculos vi-

ciosos de esta violencia reside en el arraigo y en la interacción de las culturas, en primer lugar; y, por parte de los países ricos, en la conciencia de que las inmigraciones se incrementarán y, por consiguiente, la brutalidad y los estallidos de la extrema derecha, en la medida en que los países pobres sigan sin acceso a los recursos y desarrollos de la modernidad.

La modernidad no se vincula a la sangre, ni al suelo ni a la herencia: más bien las rechaza, es abstracta. Sin embargo, la masificación y la descomunal difusión informativa generan una crisis justamente en el centro de la propia modernidad: el individuo libre, obligado a "tener el valor de servirse de su propia razón",<sup>4</sup> a formarse a sí mismo, encara un panorama predeterminado de oportunidades, imágenes, acervos ideológicos y, sobre todo, obligaciones impuestas a la imaginación para ligar el deseo a ciertos objetos, moldeados, convenientes e inocuos. Este individuo tiende, si no cuenta con un fuerte arraigo cultural, a convertirse en un sujeto de mente cautiva, literalmente en un "mentecato". Paradójicamente,

---

4. Immanuel Kant, *¿Qué es la ilustración?*



de traslado, de transferencia vertical u horizontal de significados. La recuperación moderna de las tradiciones no puede ser una mera repetición de modelos pasados. No existen dos épocas históricas, dos clases sociales, dos localidades que empleen las palabras y la sintaxis para expresar exactamente lo mismo.

Las lenguas viven en perpetuo movimiento, igual que las ciudades, incesantes en su mudanza: modelos del principio de Heráclito. Nada en el mundo moderno escapa a su constante y paulatina o vertiginosa transfiguración. Por eso es absolutamente imprescindible que cada generación restituya, vuelva a traducir a sus clásicos y a establecer sus propias tradiciones. Sólo tiene sentido lo que es susceptible de interpretación, de comentarse en palabras, de glosarse, de traducirse. "Entender es traducir", ha dicho George Steiner: una tradición es tal cuando encuentra sentido, cuando yergue valores vitales que pueden ser hablados, descifrados, interpretados, puestos en crisis, rescatados. Es cierto que, en los interminables procesos de restitución, en los enormes ejercicios de memoria que se requieren para mantener vivas las tradiciones que guían la cultura, algo inevitablemente se pierde, se deja, se olvida. Pero recordarlo todo sólo es condición de la locura: la tradición no puede ser como Funes el Memorioso, el personaje de Borges, que lo recordaba todo y todo en el mismo tiempo presente, abrumado hasta la más atroz de las parálisis, la rotunda indigencia del deseo, la no vida. No podemos pretender la memoria absoluta a riesgo de cambiarla por la vida misma, por la modificación. El tiempo, es cierto, erosiona por igual las piedras y la historia. Pero justamente por eso es fundamental reemprender el camino por el que la memoria accede de nuevo al sentido. Tales son en realidad las verdaderas tradiciones: las que pueden sobrevivir e incluso "dar un sentido más puro a las palabras de la tribu",<sup>6</sup> como dice Mallarmé. El sentido puede deducirse lógicamente, pero sólo puede ser aprehendido cuando se hace del deseo un acto semántico. En eso estriba la madurez de una cultura. En eso estriba la condición y la viabilidad latinoamericanas.

el bombardeo continuo de los desarrollos de la modernidad ha comenzado a crear un no-individuo, un sujeto masificado. La modernidad llega a su límite cuando, en su pleno desarrollo, se vuelve disfuncional, cuando se obstaculiza a sí misma y empobrece. Las culturas latinoamericanas trabajarán necesariamente con los medios modernos de producción, pero sin abdicar la responsabilidad de otorgarle sentido vital a los instrumentos, convirtiéndolos en sujetos de la imaginación, en objetos de un deseo libre y creativo. En esto la responsabilidad no sólo es del Estado sino de la sociedad civil en su conjunto.

Pasan los siglos, los tiempos históricos se sustituyen unos a otros, nuevas modernidades reemplazan a las anteriores, varían los sentidos de la tradición. El problema central de las culturas sigue siendo el mismo: la pugna entre la producción y el deseo, que suelen alejarse y perderse de vista, destruyendo la aspiración de las sociedades o los individuos que carecen del acervo y de la voluntad necesarios para imaginar y recrear constantemente ambos principios: la satisfacción material y el cumplimiento del

deseo. Esta divergencia es, de hecho, anterior a cualquier época, tal vez consustancial a la naturaleza humana, pero sólo en la modernidad se fractura irremediablemente la relación entre "producción" y "deseo", ya que la producción ha perdido su vínculo de fecundación con la pasión erótica y con el ideal de belleza, degenerando en un trabajo enajenado que produce obras sin calidad.<sup>5</sup> Relacionar armónicamente esos dos polos escindidos de la vida es lo que puede y debe hacer la cultura, cualquier cultura que pretenda serlo de verdad. La gran responsabilidad latinoamericana, en este momento del mundo, reside en saber si tenemos o no la capacidad intelectual e imaginativa para aportar una cultura no masificadora, al tiempo que permita encauzar la libre expresión de los deseos de nuestros pueblos.

No existen, por fortuna, recetas para preparar un sentido de la vida. Lo que se logre será a base de grandes esfuerzos de trato, de diálogo, de razón. Por supuesto, cualquier intento de comunicación es, al mismo tiempo, un modelo

5. Eugenio Triás, *El artista y la ciudad, passim*.

6. "Donner un sens plus pur aux mots de la tribu", en *Le tombeau d'Edgar Poe*.